

FEM CAMÍ
CAP A NADAL



Escriu una història
Concurs de contes de Nadal





El brindis

Pablo Prats de Arquer

Guanyador del Campus Barcelona

El 24 de diciembre de 2018 llegaron con las maletas. Las descargaron del coche, subieron las escaleras y se quedaron en el salón. Eran mamá y mi primo Miguel, que iba a pasar su primera Navidad fuera de casa. Barrió la sala con su mirada: el pesebre, el árbol de Navidad con sus luces bailando en el silencio, la chimenea y la mesa con las velas, que a escondidas iban anegando la casa con su toque a canela. Papá salió de la cocina para dar un abrazo a su sobrino, mis hermanos no tardaron en bajar a darle una calurosa bienvenida.

Miguel, con los once recién cumplidos, sostenía su libro de *Eragon* en la mano izquierda y asfixiaba el asa de una maleta con la otra. Ahogándolo con el sobaco, para no perderlo, agarraba a Pachún, su muñeco. Hacía tanto que no lo lavaba que ya no era blanco, era gris. Pero él no quería lavarlo. Entre abrazos, besos, preguntas banales y sonrisas dibujadas, Miguel se encontraba distante. Él quería mucho a sus tíos y a sus primos, pero mucho más a sus padres. Le costaba asimilar la situación, su primera Navidad fuera de casa.

Una vez concluida la agrisulce bienvenida, nos sentamos a la mesa. El olor a caldo y langostinos impregnó la casa, acompañando el ambiente cálido que rodeaba la cena de Nochebuena que logró desahogar, más tarde que pronto, a un Miguel que acabó por unirse al coro de risas y a las conversaciones.

Estábamos dando cuenta de los últimos restos de turrón cuando, de pronto, se escuchó el ruido de una cuchara acariciando varias veces el cristal de una copa, a modo de aviso. Era Miguel. Se hizo el silencio. Y, en medio de este, sin vacilar, se levantó alzando la copa vacía y pronunció el brindis. Ese, el mismo que cada Navidad recordamos, el brindis que nos unió y sigue uniendo.

«Un brindis no es un simple chocar de copas. Un brindis debe ser algo real. Brindo por mi padre, por mi madre y por mi abuela; y por todos los que arriba nos esperan. Brindo por un nuevo año de esperanzas, y de enmienda de antiguos errores. No brindo por aquello que nos han quitado, sino por todo lo que se nos ha dado. Feliz Navidad, familia».



El meu pessebre vivent

Javier Canela Ortiz

Guanyador del Campus Sant Cugat

La llum nocturna de la làmpada d'aranya juga entre els miralls de copes mig buides i coberts de plata, i les ulleres de l'àvia i el queixal d'or del tiet quan, en grans rialles, es deixa entreveure.

Recorro amb la mirada carrerons entre els talls de torró que queden a la plata. Rieres de tela blanca en els doblecs de les estovalles, vorejant plats bruts i ampolles verdes, em porten a l'horitzó del xivarri d'una taula esvalotada. Miro més enllà, i els meus ulls descansen en el petit naixement de la llar de foc, i em perdo uns instants en les tres carones de les figuretes de roba i terracota. Amb petites aurèoles de filferro daurat. Soles, enmig d'un bosc de molssa, pinyes i escorça.

En Josep mira la Maria. La Maria mira el Nen. I Ell em mira a mi. A nosaltres. L'enrenou em retorna a la sobretaula. Pico un gerd del pastís, més per golafreria que per gana. Avui també hem celebrat el sant de l'oncle i el cosí. Ara entonem alguna nadala de mossèn Cinto Verdager, el meu germà al piano. L'àvia, que no vol cantar, mira l'avi enamorada. I després, els cosins més petits, alçats sobre la cadira, recitaran Martí i Pol, o potser un Espriu que no acabaran d'entendre... Aixeco la vista i miro altra vegada el petit naixement. Mai hem tingut més de tres figuretes. No fa falta. Jesús, i Josep i Maria. I nosaltres. Paladejant la dolça conclusió, em dic: que bonic poder ser els pastorets del nostre pessebre.

Escriu una història

Nadal 2022

Recull de contes de Nadal



A Christmas Carol

En entrar al saló de casa, encara amb les galtes envermellides pel fred dels gèlids, tallants i emboirats carrerons de Londres, em vaig sentir especialment reconfortat en veure els nens jugar. Frisant per una mica d'escalfor, vaig deixar l'abric i els guants al rebedor i em vaig asseure amb ells, mentre gaudien de les noves joguines al costat de la llar crepitant. Era el primer any que fèiem l'arbre de Nadal, ja que no feia gaire que la família de la Reina havia estès el costum. Quan vaig haver-me assegut a l'envellutada butaca, no vaig poder evitar veure un regal embolcallat en fines tonalitats daurades i vermelles, que portava el meu nom escrit amb delicadesa. Com que els nens estaven jugant emocionats, jo no em vaig poder estar de compartir aquesta joia amb ells, i no m'ho vaig pensar dues vegades quan a poc a poc vaig anar obrint el regal que tenia a les mans. Era un llibre ricament adornat, i era de Dickens! A la tapa hi posava "A Christmas Carol". Mentre esperàvem l'hora del sopar d'aquell dia glaçat, vaig començar a llegir-lo mentre els nens s'ho passaven bé al voltant de l'arbre...



Una Navidad Lejana

—Dime, ¿me oyes mejor?

Lucía movía el teléfono hacia arriba para obtener un poco de señal.

—Tu voz se corta...

Colocó el teléfono en el estante superior y siguió acomodándolo.

—¿Qué tal ahora?

—Mejor

Le subió el brillo a la pantalla y sonrió.

—¿Cómo estás?

—Todo bien, ¿y tú?

—Muy bien, ya me estoy acoplando... está haciendo mucho frío.

Su mirada se desvió hacia la ventana. Era el mismo cielo, pero se encontraba lejos. Las hojas caían al ritmo del viento, algunas todavía seguían verdes.

—¡Me imagino!, primera Navidad con frío.

La sonrisa desapareció y fue remplazada por un tono de nostalgia en su cara.

—¿Qué hora es allá? —preguntó, intentando cambiar el tema.

—Las 9, acabo de regresar de ir a desayunar con tus abuelos.

—Vale, ¿cómo están?

—Muy bien, dicen que ya aprendieron a hacer videollamada.

—¿Ah sí?, lo comprobaré cuando los llame —se rio— espero que pasen una buena Navidad.

—Gracias hija, espero que tú también —silencio—. Lamento que no puedas venir, pero estaban muy caros los pasajes...

—No te preocupes mamá, yo lo entiendo, nos veremos el año que viene, no hay problema.

La señal comenzó a cortarse nuevamente.

—Ya no te oigo muy bien, pero te llamaremos más tarde...

—¡Vale, saludos a todos!

La llamada finalizó.

En ese momento, Lucía escuchó que llamaban a la puerta. Se extrañó porque no esperaba a nadie.

Abrió con temor y sin preguntar.

La sonrisa volvió a nacer en su boca cuando sus ojos se encontraron con todos sus amigos, que llevaban comida y regalos.

Los recibió a cada uno con abrazos y emoción, se dio cuenta de que, aunque fuera una Navidad lejana, siempre tendría una familia.



Huelga navideña

La semana previa a la Navidad, los nueve renos de Santa Claus se declararon en huelga indefinida. Meses antes habían reclamado una revisión del convenio, pero Santa Claus les había dado largas.

Durante la cena, el reno Rudolph, su mujer y su hijo conversaban sobre el tema:

—Pero papá —dijo Rudolphito—, ¿cómo vais a dejar a todo el mundo sin regalos? ¿Habéis pensado en cómo se sentirán todos los niños cuando se despierten por la mañana y no encuentren ningún regalo? ¡Será peor que el fin del mundo!

—Hijo, no digas tonterías. Lo entenderán.

—Cielo, discrepo mucho en eso —añadió su mujer— deberíais plantearos seriamente negociar lo antes posible y acabar con todo este asunto. ¿Habéis hablado ya con los Reyes Magos? ¿Qué convenio tienen ellos?

—No lo sé ni me interesa. No hablamos con la competencia. Además, ellos son tres y se reparten el trabajo. Nosotros solo tenemos un Santa Claus. ¿No ves que trabajamos el triple?

—Sí, en eso tenéis razón —dijo su mujer—, pero vuestro jefe tiene que buscar una solución. ¿Qué ha pensado hacer?

—Pues el otro día nos amenazó con utilizar los servicios de Amazon para repartir todos los regalos —le contestó Rudolph—, pero no creo que lo haga. Si lo hiciera los Reyes Magos se reirían de él todo el año.

—¡Madre mía! ¿Y qué dicen los demás? —pregunta su mujer.

—Pues Dasher, Dancer, Vixen y Prancer están de acuerdo en abandonar la huelga porque Santa Claus nos ha prometido a todos unas vacaciones en California con nuestras familias, pero Cupid, Comet, Blitzen y Donner quieren continuar. Falta mi voto, que es el decisivo.

—¡California! —gritó Rudolphito—. Papá, tienes que aceptarlo. Estamos hasta las narices de tanto frío.

—Está bien —dijo Rudolph.

Y así fue como todo el mundo recibió sus regalos aquella Navidad.



Un plato más

Estaban tan nerviosos que apenas podían notar la gélida brisa que corría entre sus cabellos. Ahí estaban Nuria y Andrés, a punto de subir al avión que los llevaría hacia su ansiada ilusión: una familia. Se cogieron de la mano, unieron sus miradas y eso bastó, se entendieron. Estaban felices.

Un 21 de diciembre, y tras dos semanas de viaje, aterrizaron en Madrid, esta vez acompañados de alguien más.

Al atravesar la puerta de salidas del aeropuerto vieron, entre regalos, ramos de flores y muchas lágrimas de felicidad, a toda la familia más allegada. Juntos sujetaban un cartel en el que ponía: "Bienvenida, María". Y entonces todos corrieron sin pensar hacia María. El bebé que tanto habían deseado Nuria y Andrés ya estaba aquí, tras un largo y tedioso proceso de adopción.

Al entrar a casa encontraron luces, lazos, unos pequeños e inertes Reyes Magos adornando el pasillo, calcetines navideños, renos, y un gran árbol de Navidad presidiendo el salón. Su familia había decorado toda la casa mientras ellos no estaban. María, con sus apenas nueve meses de vida, ya quería interactuar con el arbolito. Todos estaban anonadados con ella. Era rechoncha, morena, con unos ojos grandes y brillantes, pero sobre todo era ya muy querida. Ahora sí se respiraba la Navidad.

Entonces llegó el 24 de diciembre. El timbre no paraba de sonar, y cada vez había más gente en casa. Era la cena navideña más numerosa que habían hecho nunca. Todos querían conocer a la pequeña, y Nuria y Andrés querían que toda su familia pudiese disfrutar de ella. Así es como sus hermanos, tíos, padres, suegros y primos se reunieron en una mesa gigante llena de comida para celebrar la llegada de la Navidad, y de lo que era lo más importante, su hija.



A mi familia le pido

Vivimos en un espacio efímero,
abrumado por anuncios vacíos.
Solo siento la quietud sin sombras
con el retorno hogareño contigo.

Sin el núcleo familiar me pierdo
en desdenes, cosas de otros mundos,
unos mundos perdidos y olvidados
del primer amor puro recibido.

Perdón papá, mamá, por mis caprichos,
por llamar a casa con objetivos
pero hoy es Navidad y os pido

Cantar juntos de la mano, cual niños,
una ronda de besos infinitos,
decir "os quiero" mirando a Dios vivo.



El somni

La nit de l'última classe abans de les vacances de Nadal la Montserrat va anar a dormir entre llàgrimes. Havia tingut un dia espantós a l'escola i, per postres, els seus germans bessons s'havien passat tota l'hora de sopar fent-li la guitza. A més a més, seria el primer Nadal que la família passaria sense l'àvia Teresa, i la Montserrat no es podia imaginar unes festes sense la seva escudella i els seus enormes jerseis de llana, força extravagants, però que tots es posaven per devorar els canelons de Sant Esteve. Així que es va posar els seus mitjons foradats preferits, i es va tapar amb la manta fins a les orelles, esperant com a mínim poder descansar.

El que no sabia la Montserrat, era que aquella nit seria la nit més deliciosa de la seva vida, ja que l'àvia Teresa apareixeria als seus somnis. De cop i volta, la va veure asseguda als peus del llit, mirant-la tendrament amb els seus ulls verds gegants, que no havien perdut ni una espurna de la vitalitat de la joventut. La Montserrat es va llençar als seus braços, i l'àvia li va començar a acaronar els cabells amb aquelles mans suaus, com de pell de préssec, que tant enyorava sentir. Amb el cor carregat amb la por que l'àvia s'esfumés, veloçment li va explicar totes les seves pors i inseguretats, tan típiques d'una noia adolescent. L'àvia, sense deixar de passar els dits entre la seva cabellera daurada, va respondre les seves consultes durant tota la nit.

L'endemà, la Montserrat es va alçar més feliç que un gínjol, va vestir-se ràpidament i va baixar a la cuina a ajudar la mare, que estava ben atrafegada amb els preparatius nadalencs. Després, va aprofitar per convèncer els seus germans de preparar el pessebre plegats, perquè quan el pare tornés esgotat de la feina, pogués mirar-se'l tranquil·lament amb una tassa de xocolata ben calenta entre les mans. En acabat, va portar un plat de galetes de gingebre a l'avi Francesc, que havia estat tot el dia observant la Montserrat des de la butaca, mentre corria amunt i avall donant-se a la seva família alegrement. "Que curios —va xiuxiuejar dolçament—, té als ulls la mateixa llum que tenia la Teresa quan ens cuidava a tots".



Hasta los platitos del pan

—¿Belén?

—Listo.

—¿Árbol?

—Listo.

—¿Mesa?

—Lista.

—¿Vestidos?

—Todos.

—¿Hora?

—Nueve y media.

—¿Y por dónde andan?

—Parados, hay atasco para entrar en Barcelona. ¿Y ahora qué, Dani?

—Ahora a esperar. Sin mamá esto no empieza.

Los dos hermanos miraron el comedor, se encogieron de hombros y se fueron a sentar al sofá. Al rato, se les unieron su padre y su hermana pequeña. El mayor había ido al aeropuerto a buscar a su madre, que llegaba de un viaje a Alemania. Solía viajar mucho por trabajo, pero siempre intentaba tener libre el día de Navidad, muy pocas veces no lo conseguía. El día anterior habían tenido la cena de Nochebuena con su familia materna, y al mediodía habían ido todos a casa de los abuelos Gómez para la comida de Navidad. Pero sin mamá. Por suerte todavía podrían cenar juntos, que era lo importante.

—En cuanto llegue le voy a enseñar el dibujo que hice en el cole —dijo la pequeña de la casa.

—Yo solo quiero ver la cara que pondrá cuando vea lo que hemos montado —añade el segundo por la cola.

—¿Hemos puesto los platitos del pan? —preguntó Dani.

Él y su hermano se intercambiaron las miradas, y ante el silencio que siguió, Dani se levantó y fue a comprobar la mesa. Sí, se habían acordado de ponerlos. Mamá siempre se quejaba de que nunca se fijaban en qué faltaba antes de sentarse, pero si habían puesto los platitos de pan, lo habían puesto todo.

—¿No han dicho nada?

—No desde hace rato, pero ya deben...

Su padre no llegó a completar la frase, pues en cuanto oyeron el sonido de las llaves en la puerta, los tres dieron un brinco y corrieron hacia la puerta, a ver quién le daba primero el beso a mamá. Navidad con la familia al completo era lo mejor.



La professió del Miquel

—Vinga nois! Seguim amb el dia de les professions. Ara és el torn del pare del Sergi que ens explicarà a què es dedica.

No em podia creure que el meu pare hi fos. Jo sabia que ell no tenia feina. La vergonya es va apoderar de mi i em vaig tapar la cara.

—Hola, soc el Miquel, el pare del Sergi i bé..., jo ara mateix estic a l'atur.

—I quina professió és aquesta? —va preguntar el Lluís.

—T'agrada el futbol, Lluís?

—Sííí!

—Imagina't que estàs perdent 4-0 però que encara no s'ha acabat el partit, així que tens dues possibilitats: una, donar-te per vençut; i la segona, esforçar-te encara més per intentar remuntar. Què faries?

—Jo faria cinc gols.

—Molt bé, doncs això és el que jo estic fent. Jugar.

La clau és romandre units. Atacar tots i defensar tots; perquè per vèncer cal jugar en equip. Tots formeu part de l'equip de la classe, no esteu sols i us ajudeu per triomfar. Doncs bé, a la vida hi ha un equip més important; quants de vosaltres aneu al parc amb els vostres avis o veniu a l'escola acompanyats pels vostres pares?

La família. Aquesta és la millor plantilla; aquesta és la vostra "champions". Ells ens animen cada matí i ens fan somriure quan estem tristos o aguanten el mal humor quan tenim un mal dia. Tots ens arromanguem i ens ajudem tant com sigui possible; i és que sense els avis, els pares i mares, sense els germans... perdriem el partit. El que és important no és la posició en què es juga, sinó l'esforç de cada jugador.

Tot i les dificultats, si l'equip està unit, mai no s'abandona.

La meva professió és no perdre el partit de la meva família. I m'encanta.



La mirada d'un infant

La Maria mirava neguitosa el rellotge, el soroll de les agulles anaven ensems del batec del seu cor, no es podia estar quieta, eren massa il·lusions en una sola nit.

De cop, truquen a la porta. L'alegria s'apoderà de la Maria, i amb un sol salt ja estava davant la porta de l'entrada.

—Ets tu papa? —va preguntar emocionada.

—Sí petiteta!, m'obres i em fas... —va intentar dir, mentre la Maria l'interrompia obrint la porta i llençant-se-li als braços.

—Papi, t'he trobat a faltar!

—I jo a tu floquet de neu! T'has portat bé mentre jo estava treballant? —va dir amb un somriure murri.

—Oi tat!, amb la mama i l'àvia hem cantat nades, hem parat la taula, i ens hem posat guapes per quan arribessis! —va dir apressadament

—I tu, t'has portat bé?, has cuidat els teus pacients amb molt d'amor?

En Josep, sorprès per aquesta demanda, li va dir:

—Marieta, mai m'havies fet aquesta pregunta, com és que t'ha sorgit avui?

—Papa, que no ho saps? Aquesta nit naixerà un nen que transformarà les nostres vides! —va dir mentre acompanyava les paraules amb gestos molt teatrals—. La mama m'ha dit que hem de ser molt bons i estimar molt, cuidar totes les persones del nostre voltant i ser molt generosos! —va alliçonar la Maria.

Evidentment, el pare no va poder evitar somriure, es va apartar una mica de la seva filla i la va acaronar molt tendrament.

—Tens tota la raó! Hem de ser molt bons i cuidar tothom! Gràcies per recordar-m'ho! —li va dir amb afecte—. Què et sembla si entrem a dins i ajudem la mama i l'àvia?

—D'acord, però abans t'has de posar molt elegant, que avui estem de festa!



Una Navidad dulce como las de antes

La sensación de comer los ricos pasteles de la yaya en una mesa llena con toda la familia, aunque yo estaba más emocionada para abrir los juguetes que me había traído un ser mágico que prestar atención a los adultos. Todos corriendo de arriba para abajo para que no viese los regalos y todas esas simples cosas que hacen que un día normal se convierta en el mejor día del año.

Tuvimos las mejores Navidades cuando éramos pequeños. Las recuerdo con mucha alegría e inocencia. Creía todo lo que me decían. Nada se podía comparar con la alegría de abrir los regalos por la mañana, que tanto esfuerzo habían dedicado mis padres a comprarlos a escondidas y que no los encontrase.

Aunque los regalos para mí eran importantes, ahora miro hacia atrás y me doy cuenta de que lo más importante era estar con ellos, poder acompañar a mi yaya a la iglesia el día de Navidad, junto a toda la familia, o comer sus ricos pasteles todos juntos. Unos recuerdos que siempre van a estar en el fondo de mi corazón, recuerdos felices de ver a toda mi familia junta y unida para poder disfrutar sobre todo de su compañía.

Estas Navidades volveremos a recobrar ese espíritu navideño y nos volveremos a juntar, luego de que la vejez haya hecho estrago en la salud de mis abuelos. Ya no podremos juntarnos todos, ni tampoco podremos esperar una Navidad dulce como aquellas, pero mientras tengamos la oportunidad, junémonos y disfrutemos los unos de los otros antes de que ya no podamos.



La Navidad de los regalos vacíos

Desconcertada por el sueño que había tenido, Clara bajó las escaleras corriendo.

Cuando llegó a la cocina, se encontró a toda su familia ya sentada esperándola para desayunar. Su familia siempre desayunaba junta de forma rutinaria, y especialmente cuando se acercaba la Navidad. Era la época que ella más disfrutaba, la calle cubierta de nieve, la música, el aura que cubría la ciudad y la hacía parecer llena de magia y, sobre todo, los regalos. Clara adoraba abrir los cientos de regalos que le enviaban todos sus familiares y amigos cada año y llevarse una sorpresa con cada papel que arrancaba.

Tras acabarse el chocolate caliente que preparaba su padre y lamer todo el vaso, Clara estaba lista para el paseo matutino que hacían todas las mañanas del 24 de diciembre. Durante el paseo, Clara le contó a su madre el sueño que había tenido la noche anterior, en el que abría paquetes tras paquetes y todos los regalos estaban vacíos. Para su sorpresa, su madre se mostró de repente muy decepcionada. Cuando Clara preguntó qué le pasaba, su madre le explicó que lo importante de la Navidad no son los regalos que recibe, sino que es aprovechar para devolver todo lo recibido durante el año y mostrar agradecimiento.

En aquel momento Clara decidió empezar una nueva tradición, y cuando llegó la mañana del 25 de diciembre ya había repartido todos sus regalos entre diferentes casas, escuelas, y centros que se encargaron de que muchos niños de la ciudad tuvieran por primera vez un regalo bajo su árbol de Navidad. Este fue el mejor regalo que Clara pudo haber recibido nunca.



Otra Navidad

Cierro los ojos, cojo aire. Allí están. Suenan villancicos de fondo, el fuego de la chimenea va calentado la casa y cada rincón está sumergido en la decoración navideña.

Oigo ruido en la cocina, es la abuela que cocina mientras canturrea alguna canción de antaño. El abuelo está en su butaca, lee el periódico, pero de reojo mira a los niños jugando a sus pies. Me sonrío y de su bolsillo saca un bombón de chocolate, los que él sabe que solo me gustan a mí. Voy a ayudar a la abuela, está poniendo la mesa. Sus manos son cuidadosas, hay detalles que solo ve ella. Me va enseñando que se puede amar con lo más ordinario, sus ojos pequeñitos no paran, están llenos de amor.

Llega la familia. Tíos, primas, sobrinas... Como un huracán que rompe la paz y llena toda la casa de gritos y abrazos. El Niño Jesús es el gran espectador. Hay un clima de alegría. Los abuelos se paran uno a uno, se interesan y agradecen que hayan venido. Ponemos los regalos bajo el árbol, aunque algunos tienen ansias de abrirlos ya. Miro el mío, hay una etiqueta con mi nombre en letras mayúsculas. Tiene forma de guitarra, la guitarra española que había pedido. Mi corazón se llena de ilusión y doy gracias por la suerte que tengo.

Pero abro los ojos. Ya no están. Todo sigue igual, pero en las caras de los tíos, primas, sobrinas, hay una sonrisa que esconde muchas lágrimas reprimidas. La cocina y la butaca están vacías. Hace dos años que el covid arrasó con los pilares de la familia. Y, ante todo, nos hacemos fuertes, nos unimos mucho más, porque el amor siempre vence.

Este año, el Belén está acompañado de dos estrellas que no dejan de brillar.



La noche que salvé la Navidad

Mientras papá convencía a mamá de que su receta de pollo con cigalas era la mejor, yo dibujaba en la mesa del comedor. El árbol, en la esquina del salón, iluminaba todo como si estuviera en el centro. Yo estaba impaciente como cada año antes de Navidad.

Mientras cenaba me distraía garabateando en una servilleta de papel. Mi abuelo Nicolás siempre me decía que lo que dibujaba podía cobrar vida si lo imaginaba con fuerzas, y yo siempre lo intentaba. Esa noche quería dibujar algo especial, y mamá me dejó ir a mi cuarto a por rotuladores. Allí me senté en el suelo de rodillas y los esparcí a mi alrededor cuando escuché un golpe seco en el jardín. Las carcajadas de papá no muy lejos me reconfortaron. Pero, ¿quién estaría fuera a esas horas?

Fuera, el césped estaba cubierto de una fina escarcha que brillaba como purpurina. En el suelo, distinguí un bulto peludo:

—¿¡Rudolph!?. La criatura se puso en pie como pudo e inclinó la cabeza en señal de saludo. Observé su enorme cornamenta mientras se acercaba guiándome a mi habitación. Allí, cogió con la boca mi servilleta dibujada.

Bramó con suavidad moviendo el morro, y entonces lo entendí. Recordé las palabras del abuelo: aquello que dibujaba podía cobrar vida y cogí el rotulador rojo. Al momento, su nariz se iluminó y Rudolph berreó con fuerzas en agradecimiento. Salió al jardín y galopó entre la noche iluminándolo todo. Justo entonces mamá entró en mi cuarto:

—Adriana, ¿¡qué es todo este desorden!?. —dijo tan enfadada como sorprendida.

El abuelo me guiñó el ojo desde el umbral de la puerta.



El sueño de la ilusión

Para cuando mi padre acabó de leer el cuento, todos mis hermanos se habían quedado dormidos. Los leves ronquidos de ellos rompían el silencio de la estancia, mientras yo fingía, esperando que mi padre abandonara el dormitorio. Quería comenzar mi guardia nocturna para ver la llegada de los Reyes Magos.

Una vez mi padre se había marchado, encendí una pequeña linterna debajo del edredón y cogí el último de los cómics que mi abuelo me había regalado. Aquellas páginas me las sabía de memoria, pero sentía una gran fascinación por la historia allí dibujada, era el mejor compañero para la larga noche que me esperaba. Cuando ya lo había leído dos veces y me disponía a hacerlo de nuevo, una ola de frío se adentró en mi pequeño refugio, provocando que me acurrucara. Aquel movimiento vino acompañado de un bostezo y de una sensación de sueño que se apoderó rápidamente de mí. Los planes, que meticulosamente había elaborado la tarde anterior, se fueron desvaneciendo en mi mente a la vez que mi cuerpo se atemperaba, haciéndome caer en un profundo y placentero sueño.

Los gritos de mi hermano me despertaron, “¡Han venido los Reyes, ya están aquí!”. Me apresuré a salir del cuarto y al llegar al salón, mis abuelos estaban sentados en sus respectivas butacas con una gran sonrisa, a la vez que señalaban los paquetes que yacían bajo el árbol. Mis padres también estaban allí, sonreían, pero mi madre lo hacía con lágrimas en los ojos, no comprendí lo que le sucedía.

Ahora, unas cuantas Navidades después, recuerdo aquel momento, la viva imagen del amor familiar. El llanto emocionado de mis padres, que después de un duro año conseguían ver rebosantes de felicidad a sus hijos. Bendito sea el sueño, que alargó la ilusión de la Navidad.



El trabajo de Navidad

Hace mucho frío, lo natural en el tiempo en el que estamos. Acabo de salir del colegio y estoy muy contenta. Por fin he terminado el trabajo de decoración navideño que tanto esfuerzo me ha costado. No soy muy hábil con las manualidades. Me gustan y disfruto mucho haciéndolas, aunque he de reconocer que no son uno de mis puntos fuertes.

Llego a casa casi sin aliento. Subo las escaleras de dos en dos y entro en el salón como un huracán.

—¡Mamá, mamá, mira lo que traigo, el regalo de esta Navidad para ti y para papá! ¿Verdad que es bonito? ¿Te gusta mamá, lo podremos colgar abajo en la entrada de casa?

Mamá me mira con una inmensa ternura, como solo saben hacerlo las mamás y me dice:

—Marta, te ha quedado precioso, ¡qué bonito es! ¡muchísimas gracias!

Yo insisto: —¿lo colgaremos en la entrada mamá?

Mamá continúa mirándome con toda su comprensión y me dice:

—Marta, este año no va a poder ser. Hace tan solo unos días que ha fallecido el tío Luis. Estamos todos muy tristes y este año no decoraremos la casa en Navidad.

Me quedo muy decepcionada y pensativa. Sí, hace solo cuatro días que el tío Luis se ha ido al cielo. No creo que él quiera que estemos tristes, todo lo contrario; seguro que desde el cielo está deseando vernos disfrutar, como lo hacemos cada año, de la celebración del nacimiento del Niño Dios.

Mientras mamá continúa tejiendo una bufanda de rayas de colores, cojo mi trabajo y voy a mi habitación a dejar el abrigo, la mochila y el regalo navideño para mis papás. Lo guardo con muchísimo cuidado en el escritorio y pienso: ¡el año que viene lo podremos colgar!

Al cabo de un momento suena el teléfono. Corro por el pasillo y descuelgo. ¡Qué ilusión, la tía María dice que este año va a venir a casa a celebrar la Navidad con nosotros! No quiere quedarse en su casa sin el tío Luis celebrando la Navidad ella sola.

—¡Mamá, mamá! ¿te das cuenta? ¡La tía María va a venir a casa a celebrar la Navidad! El Niño Jesús merece que estemos muy alegres a pesar de todo. Este año hemos de estar más unidos que nunca y celebrar el nacimiento de Jesús dándole gracias por todo lo que nos concede.

Esta Navidad el tío Luis la celebrará de una manera y en un lugar mucho mejor. La tía María la celebrará en nuestra casa y me ayudará a poner el árbol y el pesebre. También me ha dicho que colgaremos juntas en la entrada de casa el trabajo de Navidad.

¡Feliz Navidad!



Cena de Navidad

Por fin había terminado de cocinar la cena de Navidad. Con un suspiro de alivio, me recosté sobre la repisa de la ventana abierta que daba al parque de enfrente. Tuve que parpadear varias veces para que mis ojos se acostumbraran a las luces navideñas que me cegaban de un modo extrañamente agradable. Mi mirada se desvió hacia abajo atraída por el maremágnum de risas y voces.

En la explanada, una abuela intentaba dirigir a un caótico dúo de nietos que intentaba entonar con ímpetu uno de esos villancicos que perduran a través de las generaciones. Unos metros en la distancia, un padre empujaba en el columpio a dos de sus hijas. Pude escuchar que una de ellas le gritaba con una emoción contagiosa lo que iba a pedirle a los Reyes Magos, mientras que la otra comentaba estar seriamente indecisa respecto a qué rey entregar su carta. Vi también a lo lejos a una madre que intentaba convencer a su hijo de por qué no podían tener un árbol de Navidad “de verdad”, sino solo uno de plástico.

El peculiar mosaico de escenas navideñas me arrancó una sonrisa. Súbitamente, el pitido del horno me sobresaltó, la cena estaba lista. Asomada a la ventana, grité: “Familia, ¡la cena está a punto!”. Todos se giraron al unísono mientras respondían que en seguida subirían, aunque yo sabía que acabaríamos tomando la cena fría, como cada año. Pero, a pesar de todo el esfuerzo, en el fondo sabía que la cena era lo de menos. Lo que realmente ansiaba era el reunirnos todos y compartir momentos. Precisamente, aprecio tanto la Navidad porque sé que no importa lo que ocurra o cuán lejos estemos, sé que en estas fechas nos reuniremos y crearemos recuerdos que desde siempre se han convertido en mis predilectos.



Una Navidad de tres generaciones

Luces, sonrisas y sentimientos nos señalaban que la Navidad estaba cerca. Momentos que se viven en cada rincón de nuestro planeta, pero de diferente forma.

Como en el hogar de una familia, o en un país extranjero, quizás en el trabajo, o en un hospital.

Me dispongo a contar una simple historia, un relato sin más, pero con un amor sincero, el cual, va más allá de las distintas barreras, no se planea, sino que sucede. Porque los recuerdos más hermosos son los inesperados.

Clara, 21 años, estudiante de Enfermería, se disponía a empezar sus prácticas en paliativos en un hospital de Barcelona.

Sin saberlo, ella estaría a punto de vivir un momento importante en su joven vida, un momento que cambiaría su forma de ver el mundo. Aquellos hermosos ojos azules verían la realidad, lo esencial. Afortunadamente solo había visto las cosas buenas del vivir, ignorando la realidad que existe detrás de cada sonrisa, detrás de cada mirada, detrás de cada corazón.

En aquellas prácticas conocería a Silvia, 45 años y más de veinte siendo enfermera. Sin quererlo iba a tener la fortuna de guiar y enseñar a Clara en estas nuevas prácticas. Se encontraba nerviosa, pero ansiosa, quería compartir todo aquello que había aprendido con el pasar de los años.

En aquella unidad de paliativos se encontraba Juana, 80 años, alegre, amorosa, positiva, incluso cuando sabía que su final estaba cerca. Juana estaba ansiosa de vivir una Navidad más, quizás con gente desconocida, pero con un amor inmenso por dar.

Sin saberlo, aquellas tres generaciones se iban a encontrar, iban a vivir la Navidad de otra forma, porque aquellos tres corazones se habían ya unido sin saberlo.